



FACHADA PRINCIPAL DEL ANTIGUO COLEGIO DE SAN GERÓNIMO.

ESTUDIOS LITERARIOS.

TEATRO ANTIGUO.

ARTÍCULO SEGUNDO.

Si dejando á nuestra imaginación su raudó vuelo, y desplegando los recursos de nuestra poética fantasía, llegamos á figurarnos en la estremidad meridional de una ciudad, y á pequeña distancia de esta, un vasto recinto, aislado é independiente, lejos de edificios que le opriman, que arrojen sobre él su pesada sombra, y le impidan desarrollarse fuerte, enérgica é imponente, su grandiosa mole: un edificio que mire por el Oriente á los templos de Júpiter, de Minerva y de Ceres, situados sobre dos promontorios que se destacan atrevidos y esbeltos sobre el claro azul del cielo; un edificio desde cuya cima se descubre el humoso mar de la Grecia, ostentando á lo lejos la pureza cristalina de sus limpias aguas; desde el cual se contempla, por el lado opuesto, el puerto del Pireo resguardado de los vientos por un anfiteatro de verdes colinas, y cuyas olas pacíficas y amigas van á bañar con límpido gemido el tímulo silencioso de Temístocles, doblandose bajo el peso de mil navetillas, que abren sus velas al aura suave que las acaricia: si nuestra complaciente imaginación nos dibuja tan bonito cua-

dro, nos formaremos fácilmente la idea del sitio que ocupaba el teatro principal, pues en esta ciudad había varios, aunque no tantos como en las nuestras.

Visto ya el pódico local del teatro ateniense, pasemos á bosquejarle á grandes rasgos.

Era un edificio, que mirado desde lo alto y á vista de pájaro, se asemejaba vagamente al nuestro en el conjunto. Constaba como este de tres partes esenciales, aunque de forma, distribución y denominación diversas. El escenario, la orquesta, y el teatro propiamente dicho; esto es, el sitio donde se colocaban los espectadores, llamado teatro de un verso griego, que no importa saber á nuestros lectores, y menos á nuestras lectoras, si por casualidaduviésemos la dicha de que alguna nos leyese. El escenario era un cuadrado, como lo es también entre nosotros; lo cual daba al conjunto, por la disposición especial de las demás partes, una forma análoga á la de una nave de nuestras modernas iglesias cristianas.

Estas partes en el escenario eran tres: el escenario propiamente tal, que era la parte más en el fondo, mas hacia atrás, figurado entre ellas ya fachada de un edificio, y representando siempre en nuestras comedias urbanas la pared de una sala ó aposento que da frente á nosotros. Paralela á esta fachada, se ponían las decoraciones, que entre paréntesis, como lo veremos mas tarde, eran tan buenas ó mejores que las nuestras, aunque estas esten pintadas por Héctor Vernet ó

D. Ensayo Lucido. Delante de dicha fachada se hallaba el telón, cuyo juego y acción eran opuestos á los que desempeña entre nosotros este precioso telón teatral. El telón ateniense se alzaba á retres del nuestro al final de cada acto, y se bajaba al continuar la representación, pues el movimiento de aquél era de abajo á arriba, como el de una preciosa decoración del drama *el Terremoto de la Maritima*, que figura la subida de las olas del mar, y no de arriba á abajo, como es entre nosotros de inmemorial costumbre.

Delante del escenario se hallaba el proscenio, nombre que también nos es familiar, espacio comprendido entre el telón y la orquesta; sus funciones eran iguales á las que nosotros le hemos asignado. Es el punto donde se sitúan los actores, y donde se verifica la acción dramática. La otra parte en que se dividía el escenario, por los caracteres verdaderamente antipólicas que nos presenta, no la hemos juzgado digna de los honores de una descripción; diremos al pasar y corrido, que era el lugar detrás de la fachada principal de que hemos hablado, donde se vestían y desnudaban los actores.

Seguía después la orquesta. Espacio sumamente ancho, de forma semicircular, que se extendía entre el escenario y el teatro propiamente tal. Este espacio, que comprendía también tres partes, es lo que nuestros abuelos llamaban *patia*, nosotros, mas elegantes, *plata*, y los franceses *parterre*. Dábanle los atenienses el nombre de orquesta, de otro verbo griego, no mas importante que el primero, — que llamamos porque nos hacemos el cargo de que será verdaderamente tal para la mayoría de nuestros lectores, — que significaba bailar. Era todo un suntuoso salon de baile, y como el círculo de monsieur Paul, de Madrid, desempeñaba segun los tiempos y circunstancias, oficios que aunque reñidos en el fondo, no lo estaban en la forma. Servía para fiestas teatrales y públicas, de que habléramos después, para los espectáculos mímicos y juegos algo pavoridos á los de nuestros cirnos modernos, — lo que nuestros vecinos llaman con muchísima propiedad *carrousel*, — para reuniones públicas de carácter limitado de los señores de la aristocracia ateniense, y en fin, para convites y festines; pues en esta parte los atenienses se asemejaban algun tanto á nosotros, que hacemos de nuestro teatro un ingenioso Proteo que toma toda clase de aspectos, y á veces el que menos conviene á su carácter.

En el indicado recinto, rodeado circularmente por las gradas y pórticos del teatro, se hallaba como formando la segunda parte de la orquesta, una especie de tablado de piedra, alto, cuadrilongo, que dominaba aquélla, y en el cual se colocaba el coro, para ver el espectáculo cuando habia acabado de modular sus líricos cantos. En aquellos tiempos los coristas gozaban de mayor respeto y miramiento que en los nuestros, barto clamorosos para ellos, segun es pública voz y fama. Al contrario de lo que ahora les pasa, no se hallaban condenados á ver la función á medias y entre oscuros bastidores. En cambio, la forma y oportuna disposición de estos les proporcionaba en nuestros días el grato solaz de ser á un mismo tiempo actores y espectadores de curiosas y pintadas escenas, no fingidas, sino muy á la natural, y cuya descripción omitimos, por falta de espacio.

Bien que, á decir verdad, el coro antiguo era mas acreedor al aprecio y consideración del público, si no por sus virtudes privadas, esas virtudes secretas y misteriosas de la vida doméstica, que se quedan, sean buenas ó malas, dentro del círculo amistoso y benigno de la familia, al menos merecía tan particular distinción por el imponente y grave carácter que tenía en el teatro. El coro antiguo era el mismo pueblo tomando parte en la función; era otro personaje, otro actor en el drama representaba la entidad, la idea, el elemento popular, interviniendo en todas las cosas de alguna importancia política, de alguna significación social ó científica. En aquel tumultuoso y variado congreso literario, era el representante del pueblo, revestido de plenos poderes. Sus cantos, sus himnos líricos, sus sentidos monólogos, sus profundas exclamaciones, eran otros tantos ecos, pero ecos fuertes, vibrantes y sonoros, de los sentimientos, pasiones é ideas que animaban á la multitud, á los ciudadanos todos, á la nación entera.

Si en esta ocasión oportuno para eslerdernos mas sobre la significación y carácter del coro antiguo, diremos que se hacia necesario y aparecía con toda la importancia de un primer personaje, vistas las ideas democráticas de aquel pueblo. El drama ateniense no reproducía como en nuestros días un hecho acaecido en la vida social, sin distinción alguna de clases y de categorías. Nuestro drama, mas liberal en el fondo y forma, que en la escena al bufon con el monarca, como en *Le roi s'amuse*; al bandido con el emperador, como en *Hernani*, de Victor Hugo; y al zapatero con el rey, como en el drama de este título de Zorrilla. El antiguo no borra tan fácilmente las categorías sociales. Pueblo liberal y democrata en las ideas, era orgulloso, altivo y aristocrático en los hechos. De aquí la necesidad que tuvo de añadir á los elevados personajes de la tragedia y aun de la comedia, uno que fuese representante común del pueblo, cual era el coro.

Nosotros, que hemos reducido el teatro, en el fondo y forma, á las trágicas y metálicas dimensiones con que le vemos ahora; que hemos

restregado el círculo de significación, limitándolo á la reproducción de un hecho de la vida íntima, secreta y privada de la familia; que le hemos despojado de esas ideas de grandes y elevadas ideas que le daban un carácter, al parecer destinado á aclarar la inteligencia, dejándole lo que tan solo puede afectar nuestro corazón; nosotros hemos sustituido el coro, en nuestras funciones dramáticas, un simple personaje del pueblo, un hombre vulgar, un patán, un aldeano, que suele tener el carácter de gracioso ó de bufon. Sin hacernos ahora abogados defensores de la institución del coro en el drama — que no es nuestro intento meternos á reformadores por los grandes inconvenientes que esta profesion ofrece, y no es el menor el de beber la ciencia, — diremos, como al paso, que no sea tan descabellada la idea de reproducirle entre nosotros.

En materias de buen gusto literario, no es ciertamente á nuestros vecinos á quienes podemos dar lecciones; y no menos cierto que á ellos nunca les han chocado los magníficos coros de Racine, en su *Estér* y *Atalia*, y el no menos bello *Paria* de Casimir Delavigne; ni creemos hayar chocada jamás á nadie los del *Edipo* del señor Marivaux de la Rosa. Pero siempre sucede, y muy particularmente en España, lo que dice aquel antiguo verso de Ovidio, tantas veces citado por Séneca:

Vides meliora, proboque, deteriora sequor.

Después del coro, á lo largo del escenario, en el *hipscanto*, aunque algo mas baja, se hallaba la banda de músicos, nuestra moderna orquesta. Desde luego confesamos gustosos que esta vale mucho mas que la antigua, y sobre todo para nosotros, que sin pretensiones de *diletante*, somos en este ramo apasionados de la música. Y ya que hemos pronunciado este nombre, vamos á sentar una proposición que quizás parezca atrevida á algunos honrados clásicos fervorosamente amantes de la antigüedad.

Heja aquí: la música moderna es incomparablemente superior á la antigua. Haremos, si se nos permite, una digresión musical, para aventurar algunas reflexiones en apoyo de nuestro aserto.

Entre los antiguos tenía la música dos objetos importantes, y por decirlo así, de utilidad positiva é inmediata. El de escuchar las grandes pasiones, las pasiones guerreras, vehementes, iracundas, cuando cesaban adormecidas en el fondo de nuestra alma adormecida é insensible; y el de templar y dulcificar estas mismas pasiones cuando, cual enardecidas olas, atormentaban fuertes y violentas nuestro ánimo sobresaltado. De este fin tan directo y esclusivo que se proponía la música antigua, únicamente referente al hombre en su expresión material y de forma, se deduce su carácter esencialmente *antropológico*, y poróneinos nuestros lectores la disonante eucronía de la expresión, carácter determinado, personal é circunscrito, que compararía la música con las demás artes. El lenguaje de estas, tan expresivo y sentimental, gracias á la transformación que en ellas ha verificado el cristianismo, en la edad moderna, era en aquella el lenguaje frío, descolorido, inanimado, indiferente y metódico de la forma, de la exterioridad, de la proporción y simetría de las partes, del orden y exactitud de los detalles propios á producir un bonito y bien calculado conjunto de agradable y simpática visualidad. De donde resulta que la música entre los antiguos, y principalmente entre los atenienses, constituía un elemento indispensable de su educación moral, intelectual y política. Las legislaciones antiguas de la Grecia así lo establecieron. La música era cultivada por aquellos rudes varones, como propia á inspirarles ideas robustas, sentimientos poderosos y tenaces, á sostener la fuerza del ánimo desfalleciente, y á preparar el brazo á dar golpes mas certeros. De aquí las diferencias tan marcadas de origen y objeto entre la música antigua y la moderna. Como prueba de lo que venimos diciendo acerca de la índole y tendencias de la primera, citaremos algunos rasgos que merecen llamar nuestra atención.

Pitágoras, sabio filósofo, cultivaba la música con tanta sición y buen éxito, que hay quien le atribuye la invención de las notas musicales, y no á Guido de Arezzo. Epaminondas, general de muchísima nota, fué un excelente músico. Se dice de Temistocles, uno de los hombres mas eminentes que tuvo la Grecia, que se burlaron de él sus ciudadanos por no saber tocar la lira en un festin. Homero, el mas célebre poeta épico que se conoce, pondera mucho en Aquiles, el héroe de su poema, la dulzura y armonía de su voz. Platón, el filósofo mas ilustre de la antigüedad, cree que la música es necesaria al hombre político. Licurgo, legislador de Grecia, la aconseja en su legislación como cosa esencial. Quintiliano, literato romano de grande y merecida fama, dice que entre los atenienses era tanida por *idócolo*, ignorante y rudo, el hombre que no cultivaba la música. Pero mas numerosas son estas citas, que lo son otras, aunque como es natural segun ciertos procedimientos críticos, no nos ofrecen entre los antiguos, y principalmente entre los atenienses, los que hacen mención del poder de la música sobre las pasiones del hombre. Teostrato, Aulo Gelo, Plutar-

no, Chopin, y otros notables escritores, nos refieren acerca de esto mil casos é igual mas curiosos é interesantes.

De este doble objeto de la música, de calmar las pasiones ó irritarlas, de ser alternativamente en medio de excitar ó temprar el paroxismo moral del hombre, y en particular del hombre público y activo, se deriva tambien el doble carácter de aquella, moviéndose perpetuamente entre los dos extremos de un fatal dilema. O la música era grave, imponente, guerrera y patriótica, produciendo esas armonías fuertes y rígorosas, y á veces retumbantes, de los trozos á efecto de las modernas óperas de Verdi y de la esnuela francesa de Aubert, Halévy, Adolfo, Adam y otros, ó por el contrario, una música de detalles, blanda, ligera y afeminada, empalagosamente florida, vacía de ritmo, eadencia, armonía y espresion feliz; música heterogéneamente compuesta de *trioletos*, *andantinos* y *caricatos*, y por decirlo así, de *sueños musicales*, tal cual la producen ahora los maestros de la baja escuela italiana, infatuados imitadores de Bellini y Donizetti; y para decirlo todo, tal cual la producimos nosotros.

El efecto de esta segunda especie de música era en extremo perjudicial: ablandaba y corrompia las costumbres, relajaba los sentimientos, é inspiraba ideas de molicoie y lujuria.

Variada constantemente en estos dos moldes, desenvolviéndose fatal en estos dos estrechos círculos, trozados de antemano por el fin á que se la tenía destinada, claro es que la música debía carecer de flexibilidad, variación, desenvoltura, ritmo y carácter propio ó *estilo*. Siendo su objeto halagar los sentidos, tenía ya trazada la ruta. En la variedad de sonidos se reproducía siempre la igualdad de las ideas. O se manifestaba en brillantes masas de armonía, llena de ampulosas y vagas ondulaciones que se mecían vibrantes sobre los oyentes, ó en una série de melodías incoherentes, insipidas, afectadas y empalagosas. Si se nos permite hacer una comparación, aunque sea estemporánea, diramos que entre ambos géneros de música griega existe la misma diferencia artística que entre la *Norma* de Bellini, y el *Troatore* de Verdi, entre el *Dominó azul* y la *Cacería Real* del señor Arriaga; suprimiendo desde luego, en la música antigua, la parte de espresion, de ideas, de estilo y carácter que poseen en diferentes grados los términos modernos de la comparación.

Hé aquí precisamente por qué nuestra música es mejor que la antigua. Lenguaje flexible y expansivo de los sentimientos, la nuestra es una poesía berna y dulce del corazón, un eco armonioso del alma reproduciendo el estado en que se encuentra, ora melán, pesada, agobiada por el peso de profundo dolor, ora alegre, risueña, afectuosa, simpática, desarrollando los inagotables raudales que en su seno encierra de inefable ventura, de placer sin límites, de felicidad sin fin. Música de sentimientos é ideas, los manifiesta y espresa en dulcísimas vibraciones, en acentos tan puros, como el jurá de la mañana que vaga por el horizonte; tan sentidas como el canto nocturno del roscitor que envía á la noche sus pesares en melodiosos trinos; tan melancólicos como el lánguido cantar del náuta que goza su navecilla ultravés del lago silencioso; y tan suaves, tan poéticos y apasionados, como los posteros cantos del cisne, que canta el himno de la muerte al sacudir las alas para abandonar la tierra. Música que no tiene, como la antigua, un carácter individual, egoísta, determinado, esclusivo; que no es tan solo guerrera, patriótica y nacional; que no está destinada á satisfacer una necesidad social del hombre, por ser este el único que resuena en sí todas las prerrogativas sociales, en aquella civilización de ideas fuertes que ennoblecía los movimientos del corazón á las férreas leyes de una inteligencia despótica. Música que no podía descender hasta el húmedo umbral del hogar doméstico, hasta la vida secreta y misteriosa de la familia, donde el corazón y la mente se desarrollan á su modo, siguiendo, cual no obediencia, el curso trazado por la naturaleza, y donde todo es franco, natural y espontáneo. Música, en fin, que no podía ser el tras espresivo y poético lenguaje de esa vida moral, íntima, afectuosa que los antiguos no conocían, y que solo el cristianismo ha podido formar, dando á la mujer y á los hijos sus derechos, borrando la distancia que los separaba, á aquella del esposo, y á éstos del padre, y estableciendo entre sí una série inagotable de recíprocos y simpáticos deberes; vida fecunda en dulcísimos gozes, en alegrias llenas de amor y ternura, en grata expansión, que solo se siente, que solo se comprende por los seres amigos que encierra el santuario del hogar doméstico: vida que corre apacible y tranquila en la dulce armonía, que ni aun se quebranta y destruye, cuando uno de los seres amados que la forman, sufriendo las cadenas que le atan á esta terrenal vivienda, se lanza hacia las nubes volantes, y su diendo de luz y de vida, se pierde en el inmenso é inabismable mar de la eternidad.

Que tal es nuestra esencia. Para nosotros no se quebranta el lazo de unión que nos estrecha con ese ser amado que se despoja del mundo físico de la humana existencia, porque no nos envía, en el acto de agonía, su noble aliento, su último palabra, su suplicante adiós; sino ese alfiler de amigo, ese alfiler de viajero que se despoja de

monedas, y parece decirnos con amena sonrisa: *hasta después*. No, no se quebranta ese lazo de amor, porque vemos al alma querido, al ser adorado, ora cual vaporosa y rápida sombra, cruzar lentamente el horizonte en la noche tranquila; ora mecerse sobre la cúpula mortuoria del fúnebre ciprés, que apenas sus ramas al compás de los llantos que sobre ellos derrama; ora abrazarse el bosque ombroso hácia el cual nos encaminamos para distraer nuestra melancolia; ora tambien vagar por las tumbas silenciosas, en busca de otras almas amigas á quienes confie su dicha, ó los pesares que la aquejan, en su amarga soledad.

Si, es cierto lo que decimos. La música moderna refleja los sentimientos y afectos, las pasiones é ideas que se desarrollan dentro del sagrado recinto de la familia. Es eco seguro del trasunto de cuanto en ella pasa. Vivo de su misma vida, y recibe sus propias inspiraciones. Por lo tanto debe ser tan variada y flexible como nuestros sentimientos, tan vaga y misteriosa como nuestros afectos, tan poderosa y vehemente como nuestras pasiones, tan rica, elevada y sublime como nuestras ideas.

No eran por desgracia tales, ni el objeto, ni las tendencias, ni el fin de la antigua música. No la culpamos sin embargo. No disponía de iguales elementos que la nuestra, y no podía ser igual la obra que con ellos intentaba edificar. Su objeto primordial, el término de todas sus aspiraciones se cifraba, ya lo hemos apuntado, en halagar los sentidos del hombre y afectarle de un modo vago é indefinido. Música sin carácter propio, sin escuela, sin estilo fijo, *anomálica* é imitativa, solo pretendía reproducir la naturaleza, cuyas armonías llevan siempre en sí algo de igual, uniforme y genérico.

Hé aquí pues probado nuestro aserto. Hé aquí terminada nuestra tarea, con la cual termina tambien nuestro segundo artículo. No nos lisonjemos de haberlo hecho con acierto; que el error es cosa humana. Solo quisiéramos poder decir lo que el jugador de que habla el señor Barantes, en una de sus lindisimas baladas:

Ya soy el pobre bardo peregrino
Que vengo á divertir á los señores.

Hemos obedecido al precepto de Horacio, que manda mezclar lo agradable con lo útil. Perdónenos nuestros lectores, si les hemos hecho vagar, saliéndonos del círculo que nos habíamos trazado, por el campo de las digresiones ajenas, y algun tanto interesantes, salvo error por nuestra parte (1).

ANTONIO DE AQUINO.

NUESTRA SEÑORA DE MONTIJO.

El Emán. señor cardenal Bonnet, arzobispo de Burdeos, se ha comprometido en estos últimos meses de la reedificación de un antiguo santuario que existe desde hace muchos años en un rincón de las Landas, conocido y venerado por los habitantes de la Gironda bajo el nombre de *Nuestra Señora de Montijo*, y cuya fundacion, por una singular coincidencia, se debe en parte á la piedad de los ilustres ascendientes de la noble española á quien tenía reservado el destino compartir uno de los primeros tronos de Europa.

Hé aquí lo que hemos leído acerca de la historia de este santuario. En otros tiempos venaban los campos de Francia como sembrados de capillas, ermitas y santuarios que debieron su origen á la piedad de las aldeas vecinas ó á la liberalidad de los particulares, á todas estas fundaciones corrían muchos antiguos recuerdos que, trasmitiéndose de boca en boca, llegaron á transformarse con el tiempo en leyendas piadosas á las que no daban menos crédito aquellos sencillos moradores que á los dogmas mas importantes de la religion cristiana. Apenas existía uno de estos santuarios sin una tradición religiosa unida á algun milagro, por lo que en ciertas épocas del año volaba á las poblaciones enteras y á un sin número de peregrinos acudir á estas bellas locales. Durante el período revolucionario, las capillas, las ermitas y los santuarios fueron olvidadas, ó desparecieron, juntamente con los últimos vestigios de aquellas costumbres religiosas, hasta que el reinado de Napoleón I, muchas de las iglesias destruidas ó abandonadas fueron reedificadas ó restauradas, volvió á ser desde entonces á perpetuarse sus respectivas tradiciones en el país.

Gras parte de estos recuerdos quedaron, sin embargo, sepultados en el olvido, y solo se conservaron de este pueblo costarraban memoria de alguno de ellos en la forma que le habrán sido trasmitidos por sus padres. Esta suerte cupo entre otras tradiciones á la leyenda de *Nuestra Señora de Montijo*, el bien su carácter profundamente religioso aparece de tal manera autorizado por su sin número de testi-

(1) En el próximo artículo continuamos la descripción comenzada del castro de Montijo, como se ve.

monios y de pruebas auténticas, que el señor arzobispo de Burdeos no ha vacilado en instante en ordenar la restauración de la ermita y en presentar á la emperatriz de los franceses todos los antecedentes históricos que ha podido reunir.

La emperatriz, como no podía menos de suceder, se ha apresurado á manifestar que tomaba la obra y el culto del santuario bajo su poderosa protección.

La leyenda del santuario de Nuestra Señora de Montijo, tal como se conserva entre los habitantes de las Landas, es la siguiente:

Hacia mediados del siglo XV, y en la época en que era todavía grande el número de peregrinos que de todas partes se dirigía á España á visitar el cuerpo del apóstol Santiago, encontrado milagrosamente por Teodomiro en el valle que se llamó después de Compostela (*campus stellae*), abateció que un marino de los alrededores de Guîtres, en Aquitania, hizo voto en un naufragio de hacer aquella santa romería, si escapaba con vida. Fueron oídas sus oraciones; la mar abandonó su presa, y el piadoso marino, repuesto apenas de las fatigas del naufragio, se puso á reparar su maltratada nave para hacer rumbo á las costas de Galicia y cumplir la promesa. Era grandísima su devoción á la Virgen (como suele serlo generalmente entre la gente de mar), y encomendándose á ella de todas veras, emprendió su viaje con viento favorable, presagiándole todo una travesía tan corta como honcible.

Una noche, después de haber reunido á sus compañeros de tripulación como de costumbre, para implorar el auxilio de la Madre de Dios y estreñir de los mares, apenas se habían entregado al descanso, cuando se levanta de improviso uno de esos terribles tempestades tan frecuentes en el golfo de Gascuña. En medio de las más horrosas oscuridad solo se distingue la luz fosforescente de los rayos que cruzan en todas direcciones la bóveda celeste. Un golpe de viento troncha el mástil de la nave y despedaza las velas. Las olas embravecidas penetran por todas partes, y amenazan á cada instante sumergir la embarcación en los abismos del mar. Hasta el último rayo de esperanza había abandonado ya el corazón de aquellos infelices, cuando nuestro devoto peregrino, puesto de rodillas, exhorta á sus compañeros de infortunio á que le imiten, y que juntos dirijan sus oraciones á Dios para morir como cristianos. Hicieronlo así; y todavía oraban, cuando comienza á despejarse poco á poco la atmósfera, á serenarse el cielo y á despuntar el alba, mostrándoles en el horizonte la costa hospitalaria de España. Las olas todavía agitadas arrojan por fin la nave sobre San Sebastián, en donde logran desembarcar sanos y salvos. Pero el peregrino le abandonó allí á sus compañeros, y se resuelve á emprender el largo camino que le queda hasta Santiago, á pie y mendigando el pan de la caridad.

Llegado al término de su peregrinación, y cumplido el voto, antes de tomar la vuelta de Francia quiso recorrer otros santuarios y celebraciones de la católica España, caminando siempre á pie y viviendo de limosnas, llamando por la noche á la puerta de algun castillo solicitarlo á la portería de algun convento, en donde, en cambio de una hospitalidad que nunca le faltaba, solía referir la historia de sus viajes ó la descripción de los países que había recorrido.

Recorrió pues, que atravesando la Extremadura, no lejos de Badajoz, le cogió la noche cerca del castillo de Montijo. El noble conde, señor de aquella posesión, le otorgó de buen grado la hospitalidad que le pedía, y le oyó con placer la relación de sus naufragios, el voto que se había de cumplir visitando al santo apóstol después de tantas y tan continuadas fatigas, llegando á ganar de tal modo el corazón del noble castellano y de toda su gente, que antes de separarse le fué entregada al peregrino una buena hostia y una preciosa imagen de la Virgen, seño tradicional en la familia, y con cuyo auxilio había sido preservado del naufragio uno de los abuelos del conde al volver de Palestina. Al dársela le había dicho: «Tened, buen hombre, conláuzo en esta milagrosa imagen; reparad vuestra nave, y no dudéis que la Virgen protegerá vuestro viaje sobre el Océano.»

Partió el peregrino lleno de agradecimiento y bendiciendo á Dios que tan buen protector le había deparado en aquel noble caballero, y á los pocos meses volvió á encontrarse de nuevo en las arenosas playas de la Aquitania.

Una vez en su país natal, y gracias á la liberalidad del generoso conde español, pudo abandonar el azaroso oficio de marino y comprar un terreno, al cual, para perpetuar la memoria de su gratitud, le dió el nombre de su ilustre bienhechor.

Al propio tiempo quiso que el recuerdo de la milagrosa protección que le había dispensado la Virgen se conservase también eternamente, para lo que levantó una capilla en cuya construcción no se empleó otra piedra que la de su propio navio, depositando en ella con la mayor solemnidad la preciosa imagen que le había dado el conde.

Españoles al momento por toda la comarca la noticia de este suceso, y al cabo de algunos años creció tanta la devoción á esta Virgen en aquellas gentes, que no había un solo marinero en toda la Aquitania que, á la menos una vez en la vida, no fuese á implorar el su-

tilio de Nuestra Señora de Montijo en el modesto santuario que la había consagrado nuestro piadoso peregrino.

No le ha sido muy difícil al señor conde de Darnet encontrar los antecedentes de esta fundación, ni verificar la exactitud de sus pormenores. Todos estos detalles, y aun los nombres, se han conservado hasta ahora en el país con una precisión admirable, y en cuanto á la construcción de la capilla, á pesar del natural deterioro que ha sufrido á causa del tiempo, su arquitectura conserva toda la pureza del estilo de la época en que, según la tradición, ha debido edificarse.

Faltaba, sin embargo, un detalle muy característico, y era determinar si el techo del santuario se había construido efectivamente con los restos de una nave, como afirma la leyenda. Con grande admiración de todo el mundo, no solo se ha reconocido la exactitud de este detalle, sino que puede verse perfectamente conservada la forma curva de los costados del hueco, y de la cual se aprovechó sin duda el arquitecto para formar la ojiva de la capilla. Por último, un calendario de las peregrinaciones hechas en honor de la Virgen, impreso en el siglo XVII, hace mención del que nos ocupa; de suerte que no puede ponerse en duda la veracidad de esta leyenda.

ALI Y AHMED.

I.

Muhammad Alarabi.

Tranquila ha atravesado el Occidente y el Dhara esta gran caravana; porque todos los pueblos se inclinan con respeto delante de la familia del emir, delante de las familias de sus principales oficiales; por todas partes encontraron guías fieles; por todas partes velaron por su seguridad.

Atravesó los arenales y las áridas gargantas, porque esta inmensa emigración es la de Abd-el Kader.

La marcha por aquellas comarcas abrasadas ha fatigado á los rápidos dromedarios; los caballos rendidos han perdido todo su vigor; y las mujeres, los niños, largo tiempo balanceándose en los estrechos palanquines, desahaban tambien un poco de frescura y descanso, cuando llegaron á un valle rodeado de verdes montañas y regado por un arroyo, el Taquin.

La comitiva va á detenerse á su nacimiento; va á plantar por un día sus tiendas de campaña, porque el Taquin está situado en el desierto. Jamás los franceses se han atrevido á internarse tanto, porque el emir observa la división de Mascara que manda el general Lamoriciere y sus lugartenientes con los Kabyles que se han sublevado ocupando los Occidentales y el Dhara.

Ya se han echado los dóciles camellos: las mujeres recorren las praderas regadas por el arroyo; los diligentes esclavos han tendido las tiendas y preparado el café, á que tan afentos son los árabes; luego dispondrán la comida. Los niños, tambien muy contentos de haber hecho alto, se dispersan por el valle y llevan á paecer el ganado.

Sigamos á dos de ellos. Las palmeras que dan sombra al valde collado, han llamado su atención, y los dos van á tomar parte en este botín; los dos, porque son primos; sus padres son secretarios de uno de los primeros lugartenientes de Abd-el Kader, Ben-Allah.

En un momento llegaron al pié de las palmeras.

Peró escuchemos: un ruido sordo y lejano ha turbado el silencio del desierto: sin embargo, en el campo todo permanece en la mayor calma. El ruido continúa; los niños no pueden engañarse; es una porción de gente á caballo la que se acerca. Sin duda es el emir que viene á pasar algunos días con su familia; tal vez viene con el su padre.

Ahmed se sube en una palmera y mira.

—¿Qué ves?

—Alá proteja á nuestras madres.

Y Ahmed aterrado se deja caer al pié de la palmera, y levantándose en seguida esha á correr hacia el centro del valle dando este terrible grito de alarma; *¡el roumi! ¡el roumi!* (los cristianos, los cristianos!)

Peró antes que sus gritos remitiesen á los árabes dispersos, ya los franceses llegaban al campamento.

Abd-el-Kader y sus lugartenientes guardaban todos los pasos; excepto el que conducía á Medeah, y por esto vino la guarnición de esta villa, que había andado 60 leguas en tres días.

A la vista de los cristianos el desorden fué terrible. Niños, mujeres y ancianos huían por todas partes; algunos caballeros corrieron á tomar sus armas, y quisieron resistirse; pero sus aislados esfuerzos fueron infructuosos, y tambien se dispersaron. A esta confusión se agrega la de las bestias, que asustadas por el ruido de las armas de fuego, arrollaban cuando encontraban por delante.

En vano se dispusieron las mujeres á subir en los camellos; en vano se apresuraron los esclavos á poner los palanquines; por esta

vez era imposible salvarse: sus defensores estaban ya dispersos. En vano se esfuerzan los jefes en dar órdenes que no pueden ser oídas con la confusión: toda la llanura está llena de fugitivos, de camellos que precipitan su carrera, de caballos detenidos por sus amos que desean disparar el último tiro contra los franceses, mientras que los más fieles disparaban ya detrás de las colinas que cercan el valle.

Sin embargo, Ali y Ahmed han logrado reunirse á sus madres, y los dos niños se han quedado inmóviles á su lado, resueltos á no huir sin ellas. Apenas tenían once años; pero bajo el cielo abrasador de África el hombre se desarrolla muy pronto, y los niños tienen tanto valor como el hombre mas intrépido.

Con la pistola al pecho esperaron al enemigo.

Un cazador francés quiso acometer á las que defendian; pero bien pronto, gracias á hacer encabrir su caballo, recibió el pobre animal las dos balas que estaban destinadas á su dueño, que fué volando por el polvo. Pero al mismo tiempo llegó al galope un peloton de cazadores: ¿cómo podrian dos niños resistir á veinte hombres aguerridos?

Ahmed y Ali siguieron á sus desconsoladas madres, que temblando se echaron á los piés del jefe de los vencedores, que las perdonó, y dió orden de respetar á los vencidos.

Diez días después la columna francesa volvió á entrar en Medeah.



con un botín inmenso, gran número de ganados, y á 3,000 prisioneros, en cuyo número era fácil reparar dos mujeres y dos jóvenes que no se separaban, y parecían confundir su tristeza.

II.

LA ISLA DE SANTA MARGARITA.

La isla de Santa Margarita es la mayor de las que forman el grupo de Lerin, á una legua de Cannes, en el departamento de Var. Lo único que la hace notable es un castillo edificado hace cerca de dos siglos, que la defiende del lado del mar, y muy á propósito para prisión, lo ha sido de muchos personajes célebres, entre otros del famoso marqués de Jor, de quien adquiríste mas tarde noticias, cuando estudiás historia. Hace algunos años que esta isla y este castillo son el asilo de los prisioneros árabes.

Algunas semanas después de la prision de la caravana, Ali y Ahmed fueron transportados á Santa Margarita con sus madres; un profundo disgusto se apoderó de ellos al ver que la desgracia les habia riendas y haciéndos sin haber perdido á sus padres y sus maridos.

En Medeah, en Alger, aun tenían una esperanza; quizá podrian es-

caparse; quizá serian engendros por prisioneros franceses; además, aun estaban en África, disfrutando de un sol abrasador, de las abrasadas palmeras que balancean sus largas laltos que sirven de guirlandas. Desde su prisión podian ver todo esto muchas veces con llegar hacia ello: el viento devastador del desierto que otras veces les habia averrado y que entonces sin embargo echaban de menos. Aun podian oir algunos de aquellos aires melodiosos que les eran romanes en sus cánticos, y obedecer como fieles musulmanes á los cinco toques que llaman á orar. Pero en Santa Margarita, el cielo de Provenza que nosotros, nacidos en el Norte, encontramos tan bello, les parecia ya sombrío; y después aquel castillo fuerte que no tenía nada de construcción morisca, y aquel aislamiento en medio de los mares, les hacia ochar doblemente de menos sus tiendas y el inmenso océano de arena en que ellos vivian contentos.

Sin embargo, bien pronto la fisonomía de los dos primos perdió su tristeza; bien pronto recobró la alegría de su corazón.

¿Se habían acostumbrado los jóvenes á la esclavitud? ¿habían olvidado á su patria? ¡Oh! no: el amor de la patria vivia mas ardiente que nunca en su corazón; pero lo que les hacia sufrir con mas paciencia su cautividad, lo que les hacia oír sus males presentes, era la esperanza. Todo el mundo sabe que la esperanza nos hace sa-



borear los bienes que promete; sobre todo, la de los dos jóvenes decansaba además sobre un proyecto meditado hacia mucho tiempo, y que empezaban á poner en ejecucion.

Desde luego se aplicaron á aprender el francés suficiente para poder entablar relaciones con los carceleros y soldados del castillo, y su talento les fué tan útil, que no tardaron en poder servir de intérpretes á sus compañeros de cautividad, que en su estóica resignacion rehusaban aprender el lenguaje de los vencedores.

Desde este dia Ahmed y Ali hicieron algunos servicios al gobernador facilitándole su comunicacion con los prisioneros; y en recompensa obtuvieron permiso para recorrer la isla en libertad.

¿Eran tan jóvenes! ¿qué habia que temer de dos niños? Esta era la primer ventaja Ali y Ahmed se dieron prisa á aprovecharse de ella.

Todos los dias recorrian juntos la isla examinándole; tendian la vista por el mar y aun sus ojos del mar; pero todos los dias se dirigian sobre todo á un sitio situado á corta distancia della ribera y es que crecian espesos arbustos en medio de las rocas. Y esto no era un hecho pasajero que les preocupaba; era la esperanza de huir á las guardias y librar á sus madres. Habian encontrado un cachillo en el patio de su prisión, y le habian guardado con mucho cuidado. Era el único instrumento que poseian.

Allí, con la destreza de los hijos del desierto, se sirvieron de él para hacer con cortezas y juncos una escala plegada que uno de ellos debía entrar en su aposento el día convenido bajo sus vestidos.

Los dos jóvenes constructores habían formado ya dos remos. Una gruta de la roca espada con el musgo era el sitio á que llevaban ándoles los días los objetos útiles que encontraban. Su proyecto era escaparse una noche muy oscura y coger una barca de pescadores, reemplazar sus remos con los que habían hecho, y llegar á Niza: habían sabido que distaba algunas leguas de la isla que les servía de prisión.

Todo estaba ya dispuesto; áfortunadamente les faltaba que hacer algunos pies de escala, cuando fueron sorprendidos por un subteniente de la guarnición que andaba cazando por la isla. Volvieron al castillo con la desesperación en el corazón; previeron que era imposible escaparse.

En efecto, advertido el gobernador, había hecho registrar el sitio en que habían sido descubiertos: encontraron las provisiones en la roca, la escala envuelta en un fardo, y los remos escondidos entre el musgo.

Otro reconocimiento practicado en su habitación descubrió el cuchillo que habían dentado con ayuda de una piedra para poder serrar las barras de su ventana.

Ahmed y Ali fueron tratados con mas severidad que ninguno de sus compañeros, separados de sus madres, y encerrados en una habitación de las más seguras. Entre tanto el gobernador había escrito á París dando cuenta de la tentativa de evasión de los dos jóvenes árabes y pidiendo órdenes.

Algunos días despues los dos primos eran conducidos de su encierro delante del jefe de la guarnición. Firmes y resignados, pensaban si una dnda que iban á ser castigados con la muerte, como habían visto hacer con los franceses que habían intentado escaparse: aun no conocían la clemencia de sus enemigos.

El gobernador acababa de recibir el orden de poner á las madres en libertad y enviar á los dos primos á París. Igual fué la sorpresa de madres á hijos; pero ninguno recibió con alegría la noticia de esta gracia, que segun ellos era una eterna separación.

¿Qué será de nuestras madres? decían los hijos.

¿Qué de nuestros hijos? decían las madres.

Sin embargo era preciso obedecer.

III.

EL AMOR DEL PIS.

Algunos días despues los dos madres llevadas á Alger recibieron algunos socorros del gobernador y se establecieron en ella. Ahmed y Ali llegaron á París.

Al momento el ministro de la Guerra les colocó en uno de los mejores colegios de la capital, donde quería dárles una brillante educación.

Santa Margarita era muy triste para los dos prisioneros, y sin embargo allí les parecia el sol tan bello como en Africa: estaba al lado de sus madres! Pero cuánto sufrió su corazón bajo un cielo sombrío y de nuestro sol que encontraban pálido, lejos de sus más queridas afecciones! Ellos que tenían tanta facilidad, tanta inteligencia en Santa Margarita, no tenían ni memoria, ni entendimiento ni voluntad; ninguna esperanza: no hacían mas que sentir. Instruido el ministro de su repugnancia á los estudios, se adelantó de aquella apatía cuya causa comprendió al momento. Hizo traer á Ali y Ahmed y el mismo les hizo varias preguntas: les habló de sus madres, de Africa, y los ojos moribundos de los niños adquirieron un brillo repentino.

Al día siguiente Ahmed y Ali se entregaron al estudio con un afán que dejó perplejos á sus condiscipulos. Y esto no sucedió un día solo; se sucedían los meses, y durante todo el año su celo y su perseverancia no se desmintieron un solo instante. Llegó la distribución de premios; Ahmed y Ali hablaban, leían y escribían el francés muy bien; ganaron muchos premios.

¿Qué había producido este cambio repentino?

Los sentimientos, el amor á sus madres, el amor á su patria. El ministro les había prometido que si su trabajo correspondía á lo que podía esperar de su inteligencia, les enviaría á pasar las vacantes en Africa. No había pasado todo el mes de agosto, cuando les había cumplido el ministro su promesa.

La salida de un barco de vapor desembarcaba en el muelle de Alger á Ahmed y Ali, que sus madres entrecuerdas arrojaron con la mayor alegría.

Durante su permanencia en la ciudad, el ministro quiso dárles una prueba mas de su satisfacción, y les regaló á cada uno, por medio del gobernador general, un magnífico ejemplar del Corán. Este regalo tenía objeto de desenvolver toda desconfianza religiosa, probando á los correligionarios de los dos jóvenes árabes que habían observado fielmente sus creencias: de este modo fueron acogidos con las pruebas más sinceras de cariño y aun de respeto.

Ahmed y Ali habían jurado por Alá volver á Francia despues de

haber pasado dos meses en Africa. Sin embargo, era de temer que en instinto de libertad se lo estorbare y les hiciese ser perjuros. Pero no sucedió así: balagados por la dulzura con que les trataron, y aconsejados además por los indígenas más respetables, comprendieron cuántos servicios podrían prestar á sus compatriotas llegados á sea intermediarios entre ellos y los franceses. Guardaron fielmente su promesa y volvieron á París.

Ahmed, de un carácter vivo y de un talento privilegiado, está aun indeciso sobre la carrera que debe seguir. Ali, mas reflexivo, ha comprendido todas las ventajas que podrá sacar un ingeniero indígena en Argelia, y dirige sus estudios á la escuela Politécnica.

ESPERANZA.

NOVELA ORIGINAL

POR PABLO GANDARA.

(Continuacion.)

Admiró el campo santo de Ferrara, y saludó á Roma, la reina del mundo por derecho divino desde su fundación hasta nuestros días. Todo era allí grande, resplandeciente, sublime. La basílica de San Pedro, cuna del protestantismo, recordando tantos nombres como célebres artistas ha tenido el mundo; el palacio de los papas, en que el lujo de los vicarios del hijo del hombre, que no tenía una piedra para apoyar la cabeza, superó al de los reyes, de quienes se muestran árbolitos desde que osaron poner la planta sobre la frente de Carlo Magno. El barrio los judíos, en que el papa tolera una falsa religión, mientras prohíbe á las demás naciones igual tolerancia; todo fascina, deslumbró, mareó como un cuento fantástico de las mil y una noches, como el ordenado caos de Goethe.

Es imposible pasar una noche en Roma sin que mil recuerdos históricos alteren la imaginación. Presentase el siglo X bajo la forma de un estro lascivo con una tiara en la cabeza y una espada en la mano. La Iglesia está regida por prostitutas que sientan á sus hijos bastardos en la sagrada silla y encierran á sus sagrados amantes en una prisión de que no vuelven á salir. Detrás aparece un pontífice católico, conquistando su solio á la cabeza de un ejército mahometano, dor niños, uno de diez años y otro de diez y ocho, esforzándose en mostrar el rostro grave en honor del papado cuya púrpura vestían, y el célebre padre de Lucrecia Borgia, á quien Ariosto proclamaba la más virtuosa de las mujeres, lanzando así, sin intención, un sangriento epigrama contra el bello sexo, porque naturalmente dice el lector al leer su alabanza:—Si una muliterra, envenenadora é incestuosa es la más virtuosa de las mujeres, ¿cómo serán las demás?

Por este tiempo mudó el gobierno en España y se concedió una amnistía. Eugenio tenía deseos de volver á su patria, al Julio suelo que tanto se ama por mal que nos trate, y á pesar de una viva oposición de Matilde, se despidió de la patria de los Césaros, y en breve tiempo desembarcó en Barcelona, de donde partió para Madrid.

Sus lunas mientras tanto habían sufrido una disminución notable, ó por mejor decir habían desaparecido, gracias á los caprichos de su esposa. Las deudas, contraídas con mas arte diplomático que el necesario para dirigir una nación, empezaban á apremiar; y Matilde, apenas conoció el estado de los negocios, pidió su dote, dejando á Eugenio sin amparo alguno, aunque prestando que lo hacía para librarse juntamente con él de la miseria que les amenazaba.

En estos días todo era en la casa disgusto y turbación. El semblante de Eugenio, por mas que se esforzaba en aparecer alegre y sereno, estaba rubado como el cielo cuando amenaza tormenta, y su corazón rebosaba hiel.

Sucedía generalmente que cuando la tristeza nos domina, todo nos parece malo. Los recuerdos, y hasta los sueños que pueden apesadumbrarnos, se reúnen á la voz de la desgracia para acabar de destruir el alma afligida, como todas las fuerzas se juntan para terminar la agonía del león moribundo; y esto sucedía á Eugenio. Sus sospechas acerca de Matilde, sus remordimientos por Esperanza, el recuerdo de las desgracias de su juventud, todo se reunía en su pensamiento que atormentarlo y convencerle de que era el más desgraciado de los hombres.

Algunas veces intentaba distraerse recorriendo las calles, mirando las muestras de las estamperías y visitando los edificios públicos; pero á todas partes lo seguía su pensamiento, y los objetos que observaba solo servían para presentárselos bajo nuevas formas. Multitud de cosas entónces leuzaba en una violenta agitación, en un torbellino que ahogase su pensamiento; el vértigo del gozo ó del dolor le era indiferente con tal de que le absorbiese. El alma se agita, cobaliza

luntas sus fuerzas en un punto, y sostiene la lucha con un dolor fuerte, como un hombre de valor con un águila; pero cuando los dolores son pequeños y caen gota á gota en el corazón, como el agua sobre el desierto cráneo de la moaja emparedada, el alma se rinde, confesando su impotencia para resistir.

El día primero de año, Eugenio fué con su mujer á ver el hospital general. Recorrieron varias salas sin que nada notable llamase su atención, y después subieron á las salas reservadas, en que algunas familias que no pueden ó no quieren tener en su casa enfermos atacados de males contagiosos, los depositan pagando cierta pensión.

La sala estaba en el mayor silencio. Las camas cubiertas con cortinas no dejaban ver á las enfermas, y solo se divisaba en el fondo á un caballero hablando con una hermana de la Caridad.

Matilde entreabrió una cortina, y quedó parada mirando una enferma; y Eugenio, distraído, sin notar que la dejaba atrás, siguió andando. Al mismo tiempo, la enferma que comenzó á andar hacia la puerta, dió un grito de alegría, y dejó caer una taza que llevaba en la mano. Eugenio la miró y exclamó:—¡Esperanza!

—Sí, yo soy, dijo la jóven; bien sabía que no esperaba en vano.

Y corrió hacia el caballero con quien antes hablaba exclamando con alegría infantil:—Papá, papá, aquí está Eugenio!

Matilde volvió la cabeza al ruido, y viéndose sola llamó á su esposo. Esperanza, á quien enseñó que una mujer acompañase á su amante, le preguntó algo inquieta:—¿Quién es esa señora?

—Es... murmuró Eugenio cortado.

—¿Quién? ¿quién? murmuró la jóven con creciente ansiedad.

—Es mi esposa!

Renunciámos á pintar la impresion que esta palabra produjo cayendo de improviso en el corazón de Esperanza. No dió un solo gemido, no derramó una lágrima. Su vida se había roto.

D. Ramon entró tanto miraba á Matilde con cuidado, y preguntó á Eugenio:—¿Cómo se llama su esposa de Vd.?

—Matilde, respondió el jóven.

—¿Cómo es eso, exclamó D. Ramon acercándose á Matilde, se ha casado Vd. con mi mujer?

Matilde al oír esto miró fijamente á D. Ramon, y lanzando un grito de sorpresa, se precipitó corriendo hacia la puerta.

—Caballero! ¿qué significa esto? preguntó Eugenio deteniendo á Don Ramon que intentaba seguir á la fugitiva dama.

—Significa, respondió el honrado comerciante, que esa mujer es la madre de Esperanza, la que me abandonó en Méjico... Venga Vd. y se lo oirá confesar...

Pero ya era tarde para perseguir á Matilde, á quien prestaba sus alas el miedo. Conociendo el peligro en que estaba si una respuesta poco meditada ponía en claro su conducta anterior, bajó rápidamente las escaleras que encontró á su paso, siguió largas galerías, y se halló por fin en el patio del colegio de San Carlos. La casualidad la ayudó. Al salir del colegio vió un coche de alquiler desocupado, y entró en él, invitando á subir con ella á un pillastre de doce á catorce años que se entretenía en pintar en las losas palabras obscenas. Después fué á situarse delante de la entrada del hospital; y cuando D. Ramon, cansado de buscarla inútilmente, se decidió á marcharse, ella se le mostró al pillastre y le dijo dándole una peseta: Te ofrezco otras dos si averiguas donde vive ese hombre.

—Eso... respondió el chico, es D. Ramon y vive en la calle de la Montería, número... donde tiene una tienda de tintes... Le conozco bien porque hago rabiar mucho á los mozaebos, y un día me pagó un palo...

Matilde le pagó, le despidió, y corrió á la calle de la Montería. Don Ramon estaba en su casa, y ambos pasaron mas de dos horas en una conversacion, de la cual hará gracia al lector, y que se redujo por parte de Matilde á contar una novela del género de L. Radcliffe, la escritora que una mujer se muestra en sus novelas. Reducíase á que cuando abandonó á su marido fué porque recibió una carta en que la decían que unos bandidos se habían apoderado de él y le asesinarían si no les llevaba ella misma el rescate. Fué al lugar de la cita, y allí la cogió un indiano secador que procuró rendir su virtud por todos los medios, hasta el de traerla en un subterráneo á pan y agua; pero ella no le amó ni por eso, lo que no debía de ser extraño. Un suceso maravilloso le restituyó su libertad, y corrió la Europa inútilmente buscando á su esposo, sin con un tesoro que encontró en la cueva en que la tuvo encerrada su bárbaro verdugo. Por fin llegó á saber que había muerto, y en Portugal se volvió á casar; pero su matrimonio era nulo, viviendo su primer marido á quien amaba lo mismo siempre. Y en esto no menta.

D. Ramon creyó cuando su mujer le dijo, y se compadeció de sus trabajos. ¿Qué buen marido perdía Matilde al perderle!

Aquel mismo día Eugenio recibió una carta de Matilde en que la avisaba y el cirujano se ostentaban sin máscara. Decía así:

«Amigo mio: Cuando estabas en Portugal me escapé por tí, y tú hiciste tomar parte en una comedia en que, siendo decirlo, tuviste un

papel muy ridiculo y que me hizo risa á costa tuya. Mientras heuras sido rico hemos sido felices; hoy la miseria nos amarga, y te digo adios volviendo con mi primer marido. No me duques, y da gracias á Dios que te libra de mí.

MATILDE.

Eugenio salió de su casa desesperado. En la calle encontró á Don Martin, que había llegado hacia dos días, y le contó lo que le pasaba.

—No le dije yo á Vd., dijo D. Martin, que un matrimonio por intereses era una especulacion gastada? Dica y bonita y á mi me la dan... dice el adagio... ¿Y qué piensa Vd. hacer?

—¿Qué se yo? Esto es para matarse.

—Locura. La vida es demasiado corta para tomarse el trabajo de quitársela. Viva Vd.; y ¿quién sabe? acaso aun será Vd. feliz.

—Vó!...

—Tambien hubo un día en que yo quise matarme... mi historia no es menos triste que la de Vd., y hoy me alegro de haber vivido.

Eugenio no se mató. Algun tiempo después supo la muerte de Esperanza asesinada por él. Durante algunos años, una esposa de siemprevivas, remudada siempre el día de Todos los Santos, atestigüaba en su sepulcro la afición de su amante. Este año la losa estaba desnuda. Todas las penas terminan en el olvido, ó en el *sepulcro*.

MANSION DE LOS ENBAJADORES EN INDIA.

(Continuacion.)

El abate de Choisy no tuvo gran dificultad en penetrarse de mi razon, y reconociendo la injusticia que habría en violentarme en este punto, propuso mis dificultades al señor Constancio, que tomando la palabra le dijo: señor, que el caballero de Forbin no pase unido de su fortuna, pues yo me encargo de ella; él no conoce todavía este pais y todo lo que vale; se lo hará gran almirante, general de los ejércitos del rey y gobernador de Bancod, donde se va inmediatamente á hacer construir una ciudadela para recibir las tropas que el rey de Francia debe enviar.

Todas estas bellas promesas que me fueron referidas por el abate de Choisy, no me tentaron; conocia yo toda la torjeria de aquel reino, y persisti siempre en querer regresar á Francia. El señor de Chaumont que se hallaba estrechado por el rey y aun mas por su ministro, no pudiendo rehusarle lo que le pedía con tanta instancia, vino á encontrarme él mismo. «Yo no puedo rehusar, me dijo, á S. M. Siamesa la peticion que me hace de vuestra persona, y os aconsejo cómo á mi amigo particular que aceptéis las ofertas que se os hacen, puesto que de un modo ó otro desde que el rey lo quiere absolutamente, seréis obligado á quedar.»

Pirado de verme tan vivamente estrechado, le respondí que por mas que él hiciese, yo no quería quedarme en Siam, y jamás consentiría en ello, á menos que no me lo mandase de parte del rey. «Pues bien, yo os lo mando,» me dijo. No teniendo otro partido que tomar, me conformé; pero tuvo la precaucion de pedirme una orden por escrito, lo que me concedió con mucho agrado. Cuatro dias después fui instalado almirante y general de los ejércitos del rey de Siam, y recibí en presencia del embajador y toda su comitiva que me dieron la enhorabuena, el sable y la chupa, señales de mi nueva dignidad.

Mientras el señor Constancio hacía jugar todas estas resarjes para retenerme en Siam, como iba siempre á sus lines, nada olvidaba de todo lo que podía dar á los franceses una grande idea del reino. Había fiestas continuas, y siempre oídas con todo el aparato que podía realizar. Tuvo cuidado de enseñar al embajador y á nuestros franceses todas las riquezas del tesoro real, que son en efecto dignas de un gran rey y raras de engañar; pero no se cuidó de decirles que este montón de oro, plata y piedras de gran valor era obra de una larga serie de leyes que habian concurrido á aumentarlo, estando establecido el uso en Siam de que los reyes no se ilustran sino tanto como aumentan considerablemente este tesoro, sin que les sea jamás permitido tocarlo, por mas necesidad que por otra parte tengan de él.

Le hizo visitar en seguida todas las mas bellas pagodas de la ciudad y de fuera. Llámense pagodas en Siam los templos de los ídolos y los ídolos mismos: estos templos estan llenos de estatuas de yeso doradas con tanto arte que se las tomaría fácilmente por de oro. El señor Constancio no dejó de hacer entender que lo era en efecto; lo que fué creído tanto mas facilmente, cuanto no se les podía tocar, siendo la mayor parte colocadas en parajes muy elevados, y las otras cerradas con verjas de hierro que no se abren nunca, y á las que no se permite acercarse sino á una cierta distancia.

Pudiendo la magnificencia de los regalos destinados al rey y á la corte de Francia contribuir el designio que se proyectó el ministro,

agotó el reino para hacerlos en efecto muy magníficos. No hay sino ver lo que han escrito de ellos el padre Tachard y el abate de Choissy; se puede decir en verdad que llevó las cosas hasta el exceso, y que no contento de haber juntado todo lo que pudo encontrar en Siam, habiendo además enviado á la China y al Japon, para traer de allí lo que había mas raro y mas curioso, no cesó de hacer llevar á los buques del rey sino cuando ya no pudieron contener mas.

En fin, para no dejar nada atrás, cada uno tuvo su presente en particular, y no hubo hasta los marineros quien no experimentase sus liberalidades. Hé aqui cómo y por qué medios el embajador y todos nuestros franceses fueron engañados por este hábil ministro, que no perdiendo de vista su proyecto nada olvidaba de todo lo que podia concurrir á que tuviese buen éxito.

Todo se preparaba para la partida. El señor de Chaumont tuvo su audiencia de despedida: como yo no debía seguirle, y no hallaba en qué emplear en Siam las 6,000 libras que me habia producido el coral de la señora Rouiller, remití esta suma entre las manos del factor de las Indias, de quien saqué una letra de cambio que envié á aquella señora, excusándome de que no habia hecho sus comisiones por no haber hallado en qué emplear su dinero de un modo conveniente. En fin, habiendo llegado el día de la partida, marchamos el señor Constantio y yo para acompañar al señor embajador hasta su bordo, de donde después de muchas muestras de amistad por una y otra parte regresamos á Luvo.

(Concluirá)

DELICIAS DEL CAMPO.

Deja ¡oh mi amor! las ciudades,
deja sus pompas y galas,
y ven á gozar al campo
los ahagos de las aras.

Allí solos y entre amores
haremos de dos un alma
bajo los techos pajizos
de las plácidas cabañas.

¡Cuál la yedra trepadora
enramando sus ventanas
cubre sus muros humildes
y los viste de esmeralda!

¡Oh! ya verás cuántas moscas
proporciona á nuestra estancia,
que dejarán de manchitas
las paredes tapizadas.

Los mosquitos filarmónicos,
entonando serenatas,
vendrán formando escuadrones
á alegrarnos con sus danzas.

Nos brindarán los pensiles
de las rosas la fragancia,
los guijarros de sus calles
las espigas de las zarzas.

Si, á la sombra que nos prestan
de los árboles las ramas,
las espesas yerbecillas
convertimos en botaca,

las hormigas industriosas
correrán sobre tu falda,
y ornarán lindas orugas
el marfil de tu garganta.

Inútil es que las sigan
mis dedos á daries caza,
que osadas se oculten ellas
donde mi mano no alcanza.

Si por ver tanta ventura
muestra Febo su caraza,
y el arroyo se jubila,
y los pájaros se asan,

sus áureos rayos entonces
te pondrán mucho mas guapa,
dándote el cutis moreno
de las lindas africanas.

Mira el sol cómo se esconde
entre nubes nacaradas,
y la benéfica lluvia
á torrentes se derrama.

Por recibir sus diamantes
visten los bosques de gala,

y sus trajes y los nuestros
al mismo tiempo se lavan.

Ven, y daremos á un árbol
los honores de paraguas;
que poco importa la lluvia
si el pecho de amor se abraza.

Y ya en las gotas el iris
á la aguada se retrata,
y no mas líquidas perlas
nos tienen puestos en salsa.

Veir, á torrente vertiendo
por todas partes el agua,
á convertir en estanque
nuestra rústica morada.

Ya los efectos del frio
prueba esa tos que te asalta;
¡bien haya cien y cien veces,
que viene á aumentar las gracias!

Por ella brotan raudales
de armonía en tu garganta,
y en amapola se vuelve
la azucena de tu cara.

Feliz el campo, amor mio,
donde, si abundan las plagas,
no hay médicos ni boticas,
que no es á fé poca ganga.

Darante alivio muy pronto
la inocente flor de malva,
el grato sueño tranquilo
y el abrigo de las mantas.

Duerme, duerme, si te dejan
las pulgas y las arañas,
el chirrido de los grillos
y el graznido de las ranas.

Y apenas dören los montes
las tibias luces del alba,
repetiremos de nuevo
tanta paz, ventura tanta.

José GONZALEZ DE TEJADA.

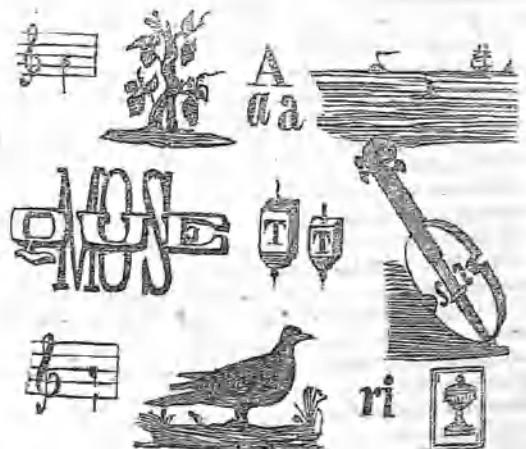
CUESTIONES ANAGRAMATICAS

DE GEOGRAFÍA É HISTORIA.

Solucion de la publicada en el número anterior.

- NOTAARGAR. Tarragona.
- DONNSSEAL. Sisenando.
- TOOOAAPMMN. Monomotapa.
- ONANTONSCIT. Constantino.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.